



1



ASIA CENTRAL emBAJADA a samarcanda

Tras atravesar Europa y haber recorrido Georgia, Azerbaijón, Kazajistán y Uzbekistán, ya estoy más cerca del corazón de Asia central, donde me espera mi destino, la legendaria ciudad de Samarcanda, siguiendo los pasos de la exploración del madrileño Rui González de Clavijo, en 1403.

Miquel Silvestre.

La dependencia del aduanero uzbeko constaba de un sucio cubículo rectangular de dos metros por tres construido con basto hormigón. Un sillón desvenecado. Una mesa coja de formica desbaratada. Un archivador gris. Tres ventanas traslúcidas de polvo. Un alargado cartel con una frase en árabe del Corán que colgaba torcido sobre una estantería. Sobre ella, una torta de pan sin levadura, una tetera renegrada, doscientas

moscas y una radio que emitía sin pausa una atroz música mestiza, mezcla de ritmos electrónicos de pachanga discotequera y ulular de canciones tradicionales asiáticas. Yo permanecía de pie, esperando obtener un permiso de importación temporal de mi motocicleta. A mi lado, un grupo de militares y civiles discutía a voz en cuello y con muchos aspavientos. Observé a los soldados. Hay algo en su modo de llevar uniforme que destruye la posible prestancia que les pudiera

otorgar: los zapatos. Ningún militar o policía lleva botas aquí. Todos calzan gastados zapatos de baja calidad, normalmente con puntera afilada, algo combada hacia arriba y el talón aplastado para que sea más fácil descalzarse. El aduanero que me había tocado en suerte era un chico joven, francamente colaborador, y su inglés era más que aceptable. Supongo que por eso le encomendaban encargarse de los extranjeros que elegían el peor camino posible

- 1 La bella ciudad de Khiva está situada en el extremo suroeste de Uzbekistán.
- 2 Circulando por Itchan Kala, el centro fortificado de Khiva, con el Kalta Minor a espaldas.
- 3 El estanque de Bukhara nos transporta a una calma y serenidad absolutas.



2



3

para entrar en Uzbekistán. En su propio vehículo desde Kazajistán. Y yo había elegido el peor del peor, el que comienza en Aktau, a orillas del mar Caspio, y cruza todo el interminable desierto hasta esta frontera. Los que vienen por Turkmenistán o por la ciudad kazaja de Atyrau encuentran una carretera razonablemente asfaltada. Yo sólo tuve el infierno y todo para mí solo. De Aktau a Beyneau hay 470 kilómetros de polvoriento páramo. Un infierno de baches,

polvo, arena fina como talco y una especie de lengua de roca viva llena de cráteres. La moto traqueteaba de un modo horrible. Parecía que iba a desintegrarse. Y el viento soplaba fuerte y levantaba nubes de polvo. Sufría tanto que comencé a preguntarme qué sentido tiene hacer esto. La respuesta que me di es que no había que hacerse preguntas, sino que era el momento de recordar que lo hacía porque me había comprometido conmigo mismo a hacerlo, aunque ahora pensa-

se que es una insensatez. El aduanero preguntó potencia, año de fabricación y el valor de la moto. Preguntar lo que cuestan las cosas es una constante aquí. A veces tiro por lo bajo para no dar impresión de millonario, algo que es absurdo, porque aunque diga que cuesta la mitad de la mitad de lo que cuesta, sigue siendo una cantidad desorbitada para la mayoría de estas gentes; otras veces digo que cuesta cifras deliberadamente absurdas, como un millón de



4

4 Para llegar hasta aquí hubo que atravesar las largas rectas de Kazajistán. 5 Nos dirigimos a Gur-e Amir, el mausoleo de Tamerlán en Samarcanda.

dólares. El resultado es siempre el mismo, incomprensión y caras de asombro. Pero esta vez reconocí el precio exacto para estupor del funcionario. Se quedó un momento pensativo entre tecleo y tecleo.

¿Por qué esta forma de viajar solo, peligrosa, difícil? Podrías venir en avión. Siempre he sabido qué responder a estas preguntas. No tanto a los demás, sino a mí mismo. Tenía claro lo que estaba haciendo y por qué. También para qué. Exponerme a peligros ciertos y a incomodidades también ciertas cuando nadie me obliga a ello siempre me ha parecido una actividad un poco idiota. Recuerdo que mi primera conferencia sobre viajes en moto la titulé "Manual del aventurero idiota". Y fue no sólo porque yo mismo soy un desastre planificando y organizando mis aventuras, sino porque me daba cuenta desde el primer instante de que sólo los occidentales bien comidos pagamos por pasarlo mal.

Sabía que mi actividad no era más que otra consecuencia de la sociedad de confort en la que estamos instalados. De la que se huye brevemente para retornar. Sé que necesitaba sentir frío para disfrutar de la calefacción, del hambre para

deleitarme con un mendrugo seco al final de la dura jornada, de la sed para reconocer el dulcísimo sabor del agua potable. Necesito probarme, superarme y también necesito contarlo a los demás, escribirlo, comunicarlo y compartirlo.

He venido hasta aquí kilómetro a kilómetro, piedra a piedra, para tomar posesión de las ciudades de la Ruta de la Seda. Cuando entre en ellas serán mías y me sentiré compañero del explorador español que he venido a buscar.

Khiva, las murallas milenarias

Khiva está a unos 500 kilómetros de la frontera; a partir de Kungrad, el camino es agradable, ya que, además de estar aceptablemente asfaltado, circula paralelo a la fértil vega del Amu Darya, cauce encargado de regalar vida al desierto, y el verdor hace olvidar el terrible paso por el erial kazajo. Cruzé el río por un inestable puente y divisé las murallas de una ciudad que parece salida de un cuento de "Las mil y una noches". Me alojé por veinte dólares en el Hotel Islambek, dentro del recinto amurallado llamado Itchan Kala. Cuando al atardecer me perdí por los recovecos y callejones de

Khiva, descubrí un lugar maravilloso, una joya en el desierto, un oasis lleno de belleza rodeado por una muralla magnífica que servía de última posta a las caravanas de camellos antes de dirigirse a Persia. El reino independiente de Khiva resistió a las invasiones rusas hasta finales del siglo XIX, cuando cayó su independencia ante el zar en 1877.

Salgo hacia Oriente. De nuevo, el desierto. De nuevo, los baches horribles. De nuevo, los controles de policía. Sin embargo, esta parte del país es tan remota, arenosa y desolada, que el rigor de los agentes es mínimo. Nadie viene hasta aquí. El paisaje se agrieta ostensiblemente. La arena quiere comerse la estrecha lengua de asfalto. El horizonte luce amarillo, plomizo, inagotable.

Tras una interminable jornada de calor y pilotaje defensivo, arribo a los arrabales de Bukhara. Los barrios nuevos son feos y soviéticos y poco o nada anticipan la magnificencia de una urbe milenaria que probablemente sea de las más bellas del planeta. Y es que Bukhara, poblada por tayicos, es un lugar único para los propios uzbekos, quienes peregrinan para



5

rezar en sus templos y estudiar en su madrasa, una de las más antiguas de Asia central.

Recorrer el impresionante y bello casco antiguo de la milenaria ciudad conmueve al más frío. Es asombroso. Estoy impresionado. Puertas labradas, un mercado surcado de pasadizos y recovecos, una gran mezquita y un estilizado minarete llamado Kalyan que asombra por su perfección. Ésta es sin duda una de las poblaciones con más encanto histórico que haya visto nunca. Me siento el más intrépido explorador. Esto es real, está sucediendo, recorro la Ruta de la Seda, y aunque puede que sólo sea una leyenda romántica, mi emoción es auténtica.

Abandoné la monumental Bukhara y me dirigí a Samarcanda. El viaje se me hizo interminable por la ansiedad de llegar. Cuando empiezo a estar muy cansado, me recibe un enorme cartel: "Samarkand". Casi salto de alegría.

La mágica Samarcanda

La ciudad es bella, impresionante. A diferencia de sus vecinos kazajos, pastores nómadas que jamás construyeron nada más estable que una yurta (tradicional tienda de campaña circular de la estepa), los agricultores tayicos de los valles fértiles fundaron urbes que llenaron de mezquitas azules, minaretes altísimos y monumentos inmensos. Y también un poderoso reino. El

de Timor, el Gran Tamerlán, quien en menos de diez años se hizo con Irán, Irak, Siria y la zona este de Turquía.

Después de desayunar pan ácimo y pepino, salí al Registán, una plaza situada enfrente de la Gran Mezquita. El ambiente es de retiro espiritual, tranquilo y pacífico. Los edificios son de una belleza espectacular, casi hiriente. Apenas unos mochileros sueltos aquí y allá. Se puede incluso escuchar el rumor de las fuentes y el trinar de los pájaros.

Me aborda un chaval joven. No tengo ninguna prisa, así que charlamos un rato. Mi interés por las lecciones históricas sobre la gran Corte y sus monumentos es escaso, le digo. Sólo me preocupa una cosa

VIVE LA AVENTURA EN MOTO

- Junio 2014 **Ruta 66 y Costa Oeste** (3 itinerarios)
- Septiembre 2014 **Brasil** (buggi, moto, 4x4)
- Octubre 2014 **Vietnam en moto**
- Noviembre 2014 **India en moto**

www.aventuraenmoto.com

Contacta con nosotros en info@aventuraenmoto.com
Tel.: 943 43 30 30 - 629 02 15 60



6



7

6 Muchas veces el camino elegido nos acaba sorprendiendo. 7 Tras estas milenarias murallas nos espera la ciudad de Khiva, sacada de "Las mil y una noches".

muy concreta, si la sabes y queda algún vestigio, te contrato como guía para que me los enseñes.

Busco las huellas de un embajador español que vino aquí en el siglo XV.

Estoy convencido de que no tiene la menor idea de la visita del castellano Ruiz González de Clavijo en aquellos lejanos tiempos. He vuelto a precipitarme. Al chaval se le iluminan los ojos. Asegura con entusiasmo que sí lo sabe. Le creo. Hay algo más que interés pecuniario en su alegría. Hay orgullo de erudito. Me dice que apenas hay nada, que lo único que queda es una calle con un

nombre extraño, pero que sabe dónde está y que conoce bien la historia. Asegura también que se topó con ella un día por casualidad, hará de eso cinco años. Se interesó entonces por la razón de tan extraño nombre. Buscó la información en los libros.

Empezamos a caminar hacia el mausoleo de Gur Emir, donde está enterrado Timor el Grande. La placa sigue ahí. Es cierto, Clavijo, Klavixo para los uzbekos, tiene una calle en Samarcanda. Pero ahí está un trozo de España en Uzbekistán.

En 1403, Rui González de Clavijo fue enviado a Asia central por

Enrique III, rey de Castilla. Su objetivo era lograr una alianza con Tamorlán para luchar contra los turcos. Pasó por Rodas y Constantinopla (actual Estambul) antes de entrar en el Mar Negro y desembarcar en Trebisonda (Trabzon); desde ahí continuaría por tierra atravesando Irán, Irak, hasta llegar a Samarcanda, en un viaje que aún hoy intimida por su dureza y riesgo. Cuando apareció tan inesperado viajero en su corte, Timor lo recibió con agasajo y pompa. Pero tras la muerte de Timor, comenzó un período de inestabilidad mientras los herederos se repartían el imperio. La embajada fue un fracaso diplomático. Sin embargo, el éxito fue el propio viaje. Tamaña gesta le sobreviviría. Su libro, "Embajada a Tamerlán", es un hito de la literatura medieval de viajes.

Le debo el haber realizado esta aventura. Él nos regaló un retrato de un tiempo y un lugar que nadie conocía entonces. Lo vuelvo a recordar. Es la razón de que yo siga viajando. Los grandes viajes existen porque existen cronistas. Gente que nos los cuenta. Sin ellos, sólo quedaría una nube de polvo.